



Sermón de Año Nuevo

XI

A LOS SACERDOTES ESCLAVOS DE MARÍA DEDICA ESTA SERIE DE SERMONES
UN CANÓNIGO ACCITANO



Apparuit gratia Dei Salvatoris nostri omnibus
hominibus, erudiens nos. Tit. 2. 11.
Se manifestó a todos los hombres la gracia de
Dios Salvador nuestro, enseñándonos, id.

EXMO. Y RVDMO. SR.
AMADOS HERMANOS.

CUANDO todo reposaba en los eternos secretos del más profundo silencio en la gloria, cuando la noche estaba en medio de su carrera en este mundo he aquí que la omnipotente palabra del Señor descendió desde el cielo, al seno de María, en Nazaret abandonando su trono de realeza (Sab. 18, 14 y 15) Y en aquella misma hora poco tiempo después, hallándose en Belén la Inmaculada Virgen dió a luz a su Hijo, Dios y hombre, y lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre. (Luc. 2, 7.) Y porque este sublime misterio es más del cielo que de la tierra los ejércitos angélicos cantaron en la más insólita explosión de júbilo el *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis*, y se regocijaron tanto, porque, como dice nuestra santa madre la Iglesia, apareció la salud eterna al género humano; y los espíritus celestiales entre fulgores de claridad divina anunciaron a los pastores *un gran gozo*, y el mundo todo, ha clamado durante veinte siglos, preguntando alborazado: ¿A quién visteis pastores? Decidlo, anunciádnos'lo ¿Quién apareció en la tierra? Y los pastores representados por los angélicos acentos de nuestros seises han contestado siempre rebosantes de alegría:—Vimos al NACIDO y a los coros de los ángeles entonando cantares al Señor.

Pero han pasado ocho días desde la conmemoración de tan fausto suceso, y los ángeles del regocijo han plegado sus alas y velado sus rostros; los pastores han enfundado la rústica zampoña y el suave rabel y han acallado sus cantares, sobrecogidos de una melancolía extraña, que inunda sus pechos de notas que son tristes suspiros o blandas quejas, y el mundo todo, que hasta hoy acercóse al portal de Belén regocijado, porque «apareció la gracia de nuestro Salvador a todos los hombres», entra dentro de sí mismo y tornando su consideración a las palabras de nuestra santa madre la Iglesia en la que nos enseña que a los ocho días de nacido fué circuncidado el Niño se apresta a la contemplación del sublime misterio en que el festejado de Belén, recuerda a los hombres que El es el Salvador, la víctima cruenta, que ha de dar su propia vida por el rescate de los hombres, y en presencia de la primera gota de la sangre de Jesús, recogida en las manos de María y mezclada con las lágrimas de la purísima Nazarena, el ángel del dolor sustituye al de la alegría y el hombre, disipado por los regocijos, empieza a darse cuenta que la Madre Iglesia, desde la Noche Buena no cesa de repetirnos, con el Apóstol, que si apareció nuestro Salvador, causa de todo regocijo, lo será para nosotros a condición de que «aprendamos de El a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos y a que vivamos en este siglo sobria, y jus-